

Notas

Notes

Elena Laurenzi

María Zambrano, A.B.C., *Il venerato Larousse*, «Settanta» (Roma), Anno III, n. 29, ottobre 1972, pp. 55-56. La traduzione è probabilmente da attribuirsi a Elena Croce.

Presentación

1. Cfr. Croce, E.; Zambrano, M., *A presto, dunque, e a sempre. Lettere 1955-1990*, a cargo de E. Laurenzi, Milán, Archinto, 2015. Las noticias relacionadas con el escrito y citadas en esta «Presentación» se encuentran en las páginas 207-222 de esta edición. La correspondencia verá la luz en breve en lengua castellana en la editorial Pre-Textos de Valencia. Las citas de las cartas de Zambrano que aquí reproducimos están extraídas de los originales, consultables en el archivo de la Fundación María Zambrano de Vélez-Málaga.

El silencio rodea el breve escrito de María Zambrano, «El venerado Larousse», que publicamos en este número. El artículo trata del silencio bajo el cual la cultura hegemónica (la cultura enciclopédica francesa, en este caso) sepulta las manifestaciones de culturas y saberes «periféricos». Al mismo tiempo, las circunstancias y los acontecimientos de su aparición (y desaparición) constituyen una prueba evidente de la cuestión. Recorrer de nuevo su historia nos permite explorar todas las dimensiones y las razones de este silencio, del que finalmente este emerge, más de cuarenta años después de su composición.

La primera huella del escrito se encuentra en una carta dirigida por Zambrano a su amiga Elena Croce el 29 de junio de 1972. En ella la filósofa informa haber enviado en un sobre, junto con otros materiales, un *divertissement* relacionado con «El *Larousse* de la filosofía». ¹ Se refiere —se deduce por las fechas— al volumen de Julia Didier, *Dictionnaire de la philosophie*, publicado precisamente aquel año por la editorial Larousse de París. El irónico relato de Zambrano sobre las omisiones y los silencios que constelan el compendio de Didier —una especie de manual compuesto con la pretensión de resumir y mostrar con ejemplos cargados de significado y elocuentes «las principales nociones de la filosofía»— no podía no encontrar eco en Croce, y no solo por la clamorosa ausencia de Vico y de su padre Benedetto en la voz dedicada a la «historia». El espíritu anticonformista de Elena Croce era naturalmente hostil a la formulación de ideas generales y a la noción misma de generalidad, en la que observaba una paradójica manifestación de provincialismo. Croce era una estudiosa refinada, capaz de restablecer en pocas palabras la originalidad y la particularidad de cada autor; era, además, una cultivadora y promotora incansable de obras literarias y filosóficas incluso desconocidas, o normalmente no incluidas en lo que suele definirse como «el canon».

Su reacción al texto enviado por Zambrano fue, por tanto, entusiasta. Lo definió como «una pequeña obra maestra» y anunció su inmediata publicación en la revista *Settanta*, que había fundado y

codirigía con Leonardo Cammarano. Sorprendentemente, María Zambrano —que colaboraba asiduamente en la revista, y en cuyo proyecto había participado desde el principio— declinó, en un primer momento, la propuesta. En una rápida respuesta, el 10 de septiembre, anunciaba a la amiga haberle enviado un ejemplar del *Dictionnaire*, añadiendo que alimentaba serias dudas sobre la publicación de su escrito: «En cuanto a mi “Nota”, te insisto en que quizá no reúna condiciones para su publicación en *Settanta*. Me divertí haciéndola, y ya está». Sin embargo, no era fácil que Elena Croce se dejase desanimar de sus propios entusiasmos. Y malinterpretando la reticencia de Zambrano como una forma de vacilación sobre el valor del texto, insistía: «¿No te he escrito que el artículo sobre el Larousse era una obra maestra? Sale en el número de octubre y probablemente se escribirá también algo acerca de él en el *Giorno*». *En este punto, accediendo a la publicación, pero bajo pseudónimo (un irónico pseudónimo, si se piensa que el volumen del Larousse pretende ser, de algún modo, el abecé de la filosofía)*, la filósofa explicita las razones de sus reparos:

Pienso, cara Elena, que mi Nota sobre el Larousse irá firmada no con mi nombre, sino con este A.B.C. que me salió. No hay que olvidar la extrema susceptibilidad francesa y que vivo también aquí. Parezco yo casi la susceptible, quizás. Y por eso te reiteraré mis dudas acerca de la publicación, pensando entonces únicamente en *Settanta*. Los desvaríos son increíbles.

La decisión de Zambrano muestra una autocensura que anticipa la posibilidad, advertida como inminente, de una censura o incluso de represalias por parte del *establishment* de la Cultura oficial. Su prudencia puede parecer excesiva u obsesiva, pero no sorprende si se consideran las condiciones de extrema precariedad en que se encontraba. Vivía, exiliada, en una pequeña aldea de montaña casi aislada, situada en el Jura francés, con un permiso de estancia que debía renovar periódicamente. Pocos años antes, en septiembre de 1964, había tenido que abandonar Roma expulsada por el Gobierno italiano, ya que sus relaciones con los exiliados de la España republicana eran sospechosas a ojos de la clase política democristiana. Expatriada desde 1939, conocía la fragilidad de los *sans papiers*, y de los *papiers* fácilmente revocables, concedidos a exiliados y prófugos. Durante su peregrinaje por los países de América Latina y de Europa había aprendido el peso del silencio impuesto al exiliado: «ese silencio que llega a ser a veces como una mortaja» —escribe en su «Carta sobre el exilio»—. Sabía que la exaltación ilustrada de la tolerancia —«la palabra preferida por el hombre moderno»— oculta la incapacidad de tratar con el otro, y había experimentado hasta qué punto la acogida en tierra extranjera se concede mediante el pacto de la discreción y del silencio.

La historia del artículo sobre el *Larousse* muestra que existe una coerción al silencio más sutil todavía que la provocada por la fuerza

2. Croce, E., «Dal dopoguerra» en *Prospettive settanta*, año II, n.º 3-4, julio-diciembre de 1980.

3. A.B.C., *Il venerato Larousse*, «Settanta» (Roma), Anno III, n. 29, ottobre 1972, pp. 55-56. La traduzione è probabilmente da attribuirsi a Elena Croce.

de la ley, de la censura y del castigo: se trata de la prevaricación del saber que se impone con la evidencia de la autosuficiencia y de la generalidad, de modo que su superioridad en el plano social, económico y político se convierte en una superioridad lógica. Y esta lógica férrea, observa Zambrano, devino mucho más insidiosa a partir de la Ilustración, ya que se impuso como producto de la liberación: «una cultura de la liberación pagada con la libertad», en la que se levantó la bandera de la «libertad satisfecha que escapa a todo obstáculo y a toda discontinuidad», leemos en el texto. El proyecto enciclopédico forma parte integrante de esta visión absoluta de la cultura; en dicho proyecto la paradoja de la ciudadanía universal y excluyente establecida con la Revolución francesa parece reflejarse desde la esfera política a la del saber, y una multitud de manifestaciones de cultura, y «pueblos enteros» no encuentran ciudadanía, precisamente, cayendo en la condición de «gente de segunda o incluso de ninguna clase». Gente invisible; pero más que invisible sin voz, reducida al silencio, el silencio de los subalternos, a menudo autoimpuesto o mantenido con una aquiescencia «crecida en el terreno de la desconfianza en sí mismos, en la propia tradición».

El movimiento de indignación que indujo a María Zambrano a escribir de un tirón este cáustico artículo —ejemplo único en su escritura, de tonos habitualmente no polémicos—, así como la acogida de Elena Croce, son las manifestaciones de una fe indómita y compartida en la cultura entendida como «condición vital de toda libertad», y de la convicción de que la conciencia europea, fruto de un variado complejo de culturas ocultadas y marginadas a lo largo de los siglos y objeto de persecuciones y exterminio, tenía que ser reconquistada, «aunque con gran esfuerzo y lentitud, e incluso paciencia para anudar de nuevo los hilos».²

Traducción de Rosa Rius Gatell

Il venerato Larousse

A.B.C. (alias Maria Zambrano)³

Come è ben noto, i dizionari, così come le Enciclopedie sono uno dei più potenti generatori di «idee generali» che a loro volta costituiscono l'armatura della cultura ugualmente generale. Queste sono denominazioni antiche che usiamo espressamente per evidenziare la loro imperturbabile e più che mai minacciosa validità. Questa cultura e la sua armatura di idee, nata in modo diretto dallo spirito dell'Illuminismo, offriva una specie di spazio omogeneo, senza discontinuità, ed in maniera estremamente accessibile, a qualsiasi individuo di mente normale. L'ideale dell'omogeneità ha così preceduto la nascita degli specialismi, e si supponeva che lo studio di

qualsiasi specializzazione dovesse considerarsi partito da questa cultura generale, campo comune in cui lo specialismo germogliava. Le specializzazioni, almeno originariamente, nascevano da un'ansia incontenibile di scoprire qualcosa di reale, un frammento, a volte, molto frammentario; e nel perseguimento di questa realtà si sono consumate, non senza eroismo, molte vite, fino al limite del fanatismo; nel senso, cioè, di prendere per assoluto questo pezzo o questo aspetto della realtà. Mentre invece la cultura generale, con le sue idee, continuava ad offrire al non specialista — ed anche e prima di tutto a chi non fosse filosofo, o amico della meditazione solitaria — la sicurezza propria dell'uomo civile: guardare ai fatti ed alle realtà che non rientravano in questa cultura, come a miserie senza diritto di cittadinanza nella stupenda città della civiltà, ed alle persone come a gente di seconda o, addirittura, di nessuna classe. Interi paesi cadevano e continuano a cadere in questa misera condizione per colpa della suddetta cultura e dei suoi cultori che sono capaci di identificare cose come la Filosofia — tutta intera — con l'idea generale che di essa si sono formati e che imperturbabilmente offrono. Inutile dire che il centro privilegiato — dal momento che pare che in questo mondo qualsiasi cosa, per generale che sia, abbia un centro — è stato ed è *encore* la cultura francese, il che non avrebbe potuto verificarsi se le altre genti, di tradizione culturale più antica e più o meno di tipo occidentale, non avessero accettato di essere il feudo di queste generalità. E se di rimorsi si tratta, è ovvio che devono essere ben più vivi quelli che affliggono i sottomessi che non quelli che insidiano i tanto impavidi, pacifici conquistatori. Non si può far a meno di rilevare una certa noncuranza cresciuta nel terreno della sfiducia in se stessi, nella propria tradizione, da parte di quei sottomessi che accettano una generalità che lungi dal rivelarli li occulta e che inoltre rende impossibile l'elementare riconoscimento non già di un filosofo, bensì della filosofia stessa. Così come impedisce anche il riconoscimento di un semplice ramo d'albero che appaia sul sentiero del bosco, quel ramo che può essere anche una «vipère» ma che per la sua forma corrisponde all'«immagine generale» di un ramo. Le idee generali trascinano la loro corte di immagini generali. E pertanto come riconoscere l'esistenza di un filosofo, per feconda che sia stata la sua opera scritta e la sua attività di cittadino, se non risponde all'immagine generale corrispondente, secondo i centri consacrati della cultura centralista?

Ed ogni cosa segue — e prosegue — in questa cultura verbale e logica molto più vuota di quella che è chiamata la «logica formale», dalla quale Descartes, Bacon ed il positivismo susseguente ci «liberarono». Giacché si tratta di una cultura di «liberazione» pagata con la libertà, una libertà soddisfatta che sfugge ad ogni ostacolo, ad ogni discontinuità, convertendosi in un fantasma senza che neppure lo si sospetti.

Nella prefazione di questo riassuntivo *Dictionnaire de la Philosophie* di Larousse, si annuncia l'originalità del metodo, voluta dal suo scopo che «*est de montrer que les principales notions de la philosophie*

rejoignent les problèmes concrets que l'homme peut se poser au cours de sa vie». Una vera scoperta che, a sua volta, ci viene ancor meglio spiegata con l'enunciato che la segue — dopo un punto e a capo: «Une contribution de ce genre requerrait l'emploi d'une méthode originale». Il che ci viene chiarito enunciando che «le principe de notre méthode n'est pas tant d'analyser les notions que de les faire comprendre et de les illustrer par des exemples précis. Par exemple, une notion importante, comme celle d'histoire ou de dialectique, n'est jamais analysée pour elle même, dans ses différentes significations, sans que nous finissions par regrouper toutes ces significations autour d'un problème réel, qui nous intéresse aujourd'hui dans notre vie historique. Bref, il s'agit d'un dictionnaire synthétique de la philosophie».

Si comprende quindi che in questo «originale» metodo sintetico i quadri sinottici — quelli di sempre — acquistano una evidente originalità. Ed infatti possiamo opportunamente dimostrarlo riferendoci a quello che corrisponde al termine «*Historique*». Si tratta di un quadro, in cui la stretta relazione con il termine che viene dato senza essere definito, in quanto riferito a questo quadro, non ci appare tanto chiara come sarebbe da desiderare. In esso appare, con quella specie di mancanza di pudore che quasi tutti questi quadri manifestano, il generoso, totale dono dello sviluppo storico della filosofia stessa, suddivisa secondo i soli paesi in cui essa si è sviluppata.

La Francia occupa la prima colonna, seguita da quella riservata alla «*Antiquité*» (Grecia - Italia); continua con quella corrispondente ai paesi germanici per concludere con la colonna dei paesi anglosassoni. La colonna greco-italiana coincide in una sola fascia orizzontale con quella adiacente intestata alla Francia; la congiunzione avviene all'altezza dei secoli x e xii: da parte della Francia, la Scolastica e gli umanisti, Abelardo e Tommaso d'Aquino, dando quest'ultimo per francese, e per la colonna che riguarda l'antichità greca ed italiana, la filosofia araba, Avicenna ed Averroè, dando per certo che Cordoba fosse italiana. La *Renaissance Italienne* — che non sapevamo si fosse verificata nel xii secolo — viene segnalata con i due unici nomi di Nicola Cusano e di Giordano Bruno. Con essi si apre, e si chiude al tempo stesso, il contributo dell'Italia alla filosofia. Inutile cercare nelle pagine di questo dizionario le voci corrispondenti a G.B. Vico e a Benedetto Croce. La *Scienza Nuova* non trova posto nel dizionario sintetico, e neppure la concezione crociana della storia, essendo assente ogni riferimento persino nelle voci «*Histoire*», «*Philosophie de l'histoire*» e poi «*de l'Esthétique*». La stessa sorte tocca al filosofo spagnolo Ortega y Gasset, ed a tutto ciò che la Spagna ha dato al pensiero, nello stesso recinto in cui lo scrittore Albert Camus ha trovato — e nulla abbiamo da obiettare — il suo giusto posto e numerosi riferimenti. Soltanto Unamuno ha trovato un buco in cui alloggiare sinteticamente, e poi il teologo del xii secolo Luis de Molina. Questa generosità, però, resta per aria, dal momento che il problema della libertà e della grazia contenuto nell'opera di Molina

avrebbe richiesto di dare notizia per lo meno dei teologi di Trento — solo per esempio — per non parlare della lacuna rappresentata dal non aver neppure menzionato Suárez. A che scopo continuare? In quarantacinque righe ad una colonna viene sintetizzata la filosofia greca vista nel suo complesso, passo per passo. L'importanza che si dà a tutto questo dipende semplicemente dal fatto che il dizionario continua ad essere il Libro per eccellenza, quasi una Bibbia per la massa degli studenti e degli incauti che sono inclini a coltivare una cultura generale fatta di idee generali, di «farsi una idea intorno a ...». Nel dizionario e nelle Enciclopedie è stata riposta la venerazione nei confronti del libro chiave che apre le vie per la città della cultura. Ad esso ricorrono non soltanto lo studente che non sia divorato dall'ansia del sapere, ma l'uomo medio che si sente sicuro quando lo maneggia, ed anche le persone colte, coloro che sono specializzati in particolari scienze, etc. Anche tra i dotti si è soliti aprire tante discussioni dicendo: «Dopo aver letto l'articolo e dopo aver ascoltato la relazione del mio stimato collega il Dottor o Professor X, ho consultato il dizionario ed ho trovato, o meglio non ho trovato ...».